

dacia hasta asegurar que el Espíritu de Verdad es el que dicta á sus correligionarios tantas falsedades que ellos mismos no pueden negar, supuesto que son visibles á todo el mundo el número verdaderamente sorprendente, las diferencias y las contradicciones de sus sectas? Las cosas se encuentran en tal estado que no es posible ya insistir en la idea del espíritu privado protestante sin incurrir por el mismo hecho ó en el inconcebible absurdo de que hay verdades contradictorias, ó en la horrible blasfemia de que el Espíritu Santo es el gran maestro de los errores y se complace en extraviar mas y mas á los hombres con sus inspiraciones. ¿Pero quién no se horrorizará con el solo pensamiento de un tan grande insulto que se hiciera á la Verdad Eterna? Constando, pues, por las incontrastables demostraciones de la experiencia que es absolutamente falso que el Espíritu Divino ilumine á los sectarios del protestantismo, resulta por consecuencia necesaria que al constituirse estos en jueces supremos de la inteligencia de la revelacion no han hecho otra cosa sino entregar la fé, la religion, la moral, la conciencia, cuanto puede haber de mas santo á merced de todos los despropósitos, de todos los caprichos y de todas las necedades de que es capaz el hombre ya sea por su miseria, ya tambien por su malicia. El protestantismo, pues, en cuanto está de su parte, frustra por completo los grandiosos resultados que la religion cristiana debió producir en beneficio de la humanidad. Nuestro entendimiento es débil y por lo mismo con facilidad cae en el error; la religion cristiana debió afianzarlo en la posesion de la verdad: el protestantismo hace que esta religion subordine sus dogmas á las opiniones inciertas y frecuentemente erróneas de nuestra débil inteligencia. Hay gravísimas cuestiones relativas á nuestros mas grandes intereses y á nuestros deberes que se presentan á la sola inteligencia humana rodeadas de oscuridad; la religion cristiana debió esclarecerlas y dar de una vez para siempre á todas esas cuestiones una solucion cierta y segura: el protestantismo hace que cuanto diga la religion respecto de ellas queda envuelto en las mismas tinieblas en que con facilidad se pierde la humana inteligencia cuando las discute por sí sola. Los sofismas deslumbran con su falso brillo; la religion debe servirnos para despojarlos de sus mentidas apariencias y para que nunca se nos pierda de vista la pura luz de la verdad: el protestantismo hace que los dogmas religiosos nos sean dictados por los mismos sofismas que nos engañan. Las pasiones obrando con vehemencia y cautivando muchas veces el corazon, luchan desesperadamente con la conciencia exigiendo que autorize sus pretensiones; la religion cristiana debe conservar intacta en nuestra conciencia la ley moral, y exigir que se practique en su justa y saludable severidad: en el protestantismo lejos de que la religion pueda dominar é imponer la ley á las pasiones, antes por el contrario, estas la amoldarán á sus exigencias.

Este dominio de las pasiones sobre las creencias es inevitable en el protestantismo: para que no tuviera lugar seria necesario que el protestantismo perdiera su caracter esencial y por consiguiente que dejara de existir. ¿Y cual puede ser la consecuencia del señorío de las pasiones sino la corrupcion de la moral? El católico, mientras no deje de serlo, aun cuando por desgracia falte á sus deberes, no podrá alterar la ley moral; esta permanecerá pura é intacta en su inteligencia, porque para el católico la ley moral

es superior á su parecer individual; le es dada por Dios y se la enseña una autoridad instituida por el mismo Dios y que hace ver su origen divino con demostraciones incontestables. Con un apoyo tan firme, no puede vacilar la conciencia; y por mas que luchen las pasiones, siempre reprueba el mal la voz interior de la conciencia á que no es posible imponer silencio mientras no llegue la perversidad hasta el grado de abandonar la religion que sanciona la ley moral y la coloca en una esfera tan elevada que no puede alcanzar á mancillarla todo el furor de las pasiones. ¿Pero que hará el infeliz protestante? Las pasiones lo agitan como á todo el resto de los mortales; ellas en su furor se dirigen impetuosamente contra la ley que las reprime; pretendieran que no existiera; exigen al menos que se modifique, que se suavice su severidad y se le haga contemporizar con lo que desea vehementemente el corazon. Entónces es cuando dice la conciencia católica: Dios enseña que son ilícitos los objetos á que tienden esos deseos; la Iglesia divinamente autorizada para declarar la revelacion, no permite duda alguna sobre este punto: es preciso ó resistir á las pasiones ó renunciar la salvacion eterna. Y en este mismo caso ¿qué es lo que puede decir la conciencia protestante cuyo apoyo para juzgar y decidir no viene á ser en último análisis sino el *yo individual*? El protestante dice: *Yo interpreto, yo decido que la ley divina es de este ó de aquel modo, que prohíbe ó permite estas ó aquellas cosas, y despues de mi propia interpretacion y decision yo no tengo que oír á autoridad ninguna.* Pues si el individuo solo es quien interpreta y decide y quien interpreta y decide de una manera inapelable, ¿quién podrá garantizarle que sus interpretaciones y decisiones no sean una verdadera lisonja de las pasiones que con tanta tenacidad habrán de exigir que se contemporice con ellas y se amolde la ley á sus pretensiones? Supongamos que antes de que se desarrollara en un protestante alguna pasion funesta él fuera de opinion mas severa respecto del objeto de esa misma pasion: ni aun esto será obstáculo para que despues sea complaciente; porque aquella su primera opinion no se la habia dictado sino únicamente su juicio individual; luego el mismo juicio individual puede sugerirle despues la opinion contraria: ahora tiene tanto derecho de juzgar por sí solo como el que tenia ayer; el protestantismo no solo lo autoriza para formar una vez su opinion, sino tambien para modificarla ó abandonarla y sustituirla con otra aun totalmente opuesta, siempre que sea su voluntad: la primera opinion tuvo por apoyo el parecer individual; el mismo apoyo pueden tener la segunda y la tercera y cuantas en lo de adelante se quieran adoptar. ¿Qué licencia! ¿Qué desórden! ¿Pudiera haberse imaginado algo mas inmoral y subversivo de las buenas costumbres? Cada uno tendrá la moral que guste: este es en resumen el *gran principio moral* del protestantismo; sin que presente garantía ninguna para precaver los perniciosos efectos de esa omnimoda licencia ni aun lectura de la Biblia; porque el protestantismo al poner la Biblia en las manos de sus sectarios, les dice: Cada uno de vosotros entienda en los Libros Santos lo que fuere de su agrado: por lo mismo, el protestante no tendrá ni otra creencia, ni otra moral sino las que fueren de su agrado; pero se alucinará á sí mismo y pretenderá engañar á los otros diciéndo que esas son las que Dios enseña. ¿Y es posible que se piense

hoy civilizarnos introduciendo en México un tan funesto elemento de desorden?

Con semejante principio nada extraño debe parecer que el protestantismo haya sido secundísimo en doctrinas inmorales, y tan profundamente inmorales, que bastaría la práctica de una sola de ellas para acabar por completo con las buenas costumbres. ¿Lo dudará alguno? Pues á quien se sienta tentado para poner en duda nuestra asercion, le suplicaremos que recuerde la historia del protestantismo y resuelva entonces si destruirian ó no totalmente la moral algunas de las doctrinas que vamos á mencionar y que han sido enseñadas por protestantes. ¿No consta en la historia que en los mismos principios de la reforma se negó la libertad humana y se dijo que nuestra libertad habia sido totalmente destruida por el pecado de Adán y que en la actualidad solo es una libertad de nombre? Con este solo dogma de moral protestante quedan justificados todos los crímenes y resultan inocentes todos los ladrones, todos los ébrios, todos los escandalosos, todos los homicidas, todos los traidores á la patria, en fin, todos los malvados, y los nombres de virtud y de vicio nada significan. Preguntamos pues: ¿Dónde estaria la moral una vez que se aceptara esa enseñanza? Pero fijemos todavía nuestra vista en la historia del protestantismo y encontraremos que tambien desde los principios de la reforma se dijo entre sus sectarios ya que el Evangelio es una simple promesa de la vida eterna sin la condicion de guardar los mandamientos; ya que la gracia divina una vez recibida jamas puede perderse, sean cuales fueren los crímenes que se cometan; ya que para el cristiano no hay pecado ninguno fuera del de negar la fé; ya que la libertad evangélica deja exento al cristiano de la observancia de las leyes; ya, lo que causa mas horror, que Dios es el autor de el pecado. ¿Qué decimos de todas estas máximas de moral enseñadas por protestantes? Pero no necesitamos traer á la memoria lo que los sectarios del protentatismo han enseñado en otros paises: apenas ha empezado entre nosotros su propaganda, y aquí mismo en la ciudad de Guadalajara se señaló su venida por la enseñanza de ideas sobremana inmorales que se han inculcado en los escritos públicos que ellos han hecho circular. En esos escritos se han visto estampadas entre otras, las funestas doctrinas de la inasequibilidad de la virtud, de la imposibilidad de despojarse del pecado, de la fé justificante y de la inutilidad de las buenas obras para la salvacion. Que la virtud es impracticable y que ningunos esfuerzos bastarán para vernos libres del pecado se encuentra claramente enseñado en un opúsculo intitulado, «El católico cristiano» que los protestantes residentes en esta ciudad hicieron circular el año anterior. En la página 26 de ese opúsculo se supone un obispo católico que estando para morir renuncia su fé y abraza el protestantismo, y se ponen en su boca estas palabras: «Cuanto mas procuraba vivir santamente, tanto mas sentia el peso del pecado en mi conciencia: si hacia una accion que el mundo llamaba buena, yo sabia que era mala á los ojos de Dios, porque la vanidad y el orgullo siempre tenian parte en ella: si formaba algun propósito con el objeto de dar mayor honra y gloria á Dios, en el momento mismo de hacerlo, me encontraba con algun motivo egoista que influia en mí corrompiendo de este modo la fuente oculta de mis acciones.» Estas palabras no dejan duda: en ellas se tiene clarí-

simamente expresada una íntima conviccion producida, segun se supone, por la experiencia, de que ningunos esfuerzos son bastantes para que el hombre consiga practicar la virtud, y de que el pecado es para él una necesidad fatal. En el mismo opúsculo, dándose por sentado que son así las cosas, se presenta aquel único medio de salvacion que los corifeos de la reforma enseñaron al mundo: se inculca que para obtener la salvacion no hay que atormentarse buscando las buenas obras que al fin no se han de encontrar, que nos basta que creamos que Jesucristo nos salva y con esto seremos salvos; que las obras buenas á nada conducen, ni dan titulo ninguno para esperar la salvacion como premio á que por ellas se haya de llegar. Estos últimos errores se encuentran tambien en otros impresos que los protestantes han hecho circular en esta ciudad. ¿Qué seria de México si fueran aceptadas y practicadas estas perniciosísimas doctrinas? ¿Qué suerte correria nuestra cara patria si sus hijos dieran oido á estos nuevos maestros y llegaran á decirse á sí mismos y á decir en público: El hombre jamas conseguirá ser bueno, jamas arrojará de sí la maldad; pero es inútil para su dicha la práctica de la virtud: prescindamos pues de lo que á nada conduce, y para ser felices creamos solo que Dios nos selva? El dia que estas cosas se creyeran y se practicasen, ese seria el de la ruina de la patria. Sin embargo, ahora se nos dice que para civilizarnos es preciso tener con nosotros á los que propagan esas máximas destructoras de toda moral.—Continuará.—

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

#### ESCUELAS CATOLICAS EN AMEGA.

Se tiene una escuela parroquial á la cual concurren cerca de doscientos niños; está dirigida por uno de los eclesiásticos de la Parroquia. Se enseña en ella Lectura, Escritura, Religion, Aritmética, Algebra, Geometría, Geografía, Gramática castellana y Música.

Hay además veintitres escuelas de doctrina para niños de ambos sexos: diez y nueve están en la poblacion y cuatro en los ranchos: las dirige la hermandad de la doctrina cristiana. Estas son solo para los dias festivos. Los niños y niñas que concurren á ellas, tienen obligacion de asistir á la explicacion doctrinal que especialmente para ellos se hace en la parroquia y de asistir tambien el dia 8 de cada mes á la misa y al ejercicio vespertino que con tal objeto se ha establecido. Además se señalan de cada escuela ocho ó diez niños para que reciban en esos dias los sacramentos de la confesion y comunion y para que velen al Santísimo Sacramento durante el dia. Los niños de ambos sexos que concurren á las 23 escuelas de doctrina, on cerca de setecientos.

#### CRIMENES Y LOCURAS EN PAISES EXTRANJEROS.

El «Diario Oficial» de Zacatecas de 15 del corriente reproduce lo siguiente tomado de un folleto publicado en Paris: de lo cual corremos traslado á todos los mexicanos admiradores de los extranjeros.

## «LOS HERMANOS Y AMIGOS.»

«En Paris se ha publicado el siguiente folleto, que tiene cierto interes de actualidad. Dice así:

*Lo que son los hermanos y amigos.—De cómo han querido perpetuar la memoria del reinado de la Comuna.—Extravagancias y monstruosidades.—Un asesino de quince años.—Un monstruo bajo la capa de marido.—Su última voluntad.—Muerte del presidente de los ahorcados.*

## I

La demagogia desenfadada no es propiedad [¡triste propiedad!] exclusiva de Francia: se extiende desgraciadamente hoy á todos los países del mundo, y en todos trabaja mas ó menos ocultamente, tiene su santo y seña particular y un modo especial de darse á conocer.

Quien dice demagogia, dice comuna, internacional etc. En Francia como en todas partes, los demagogos aunque todos pretenden ser iguales, tienen bien marcada su gerarquía. Los geles no se desdeñan de vestir como caballeros y de darse buen trato; sus secuaces, los que ellos han pervertido y que les sirven de instrumentos, visten blusa blanca ó azul, según son pintores ó envadurnadores de casas ú obreros de otros oficios; comen en el figon ó en la taberna, ó en el miserable cuarto que habitan, á veces una sopa de dos ó tres centavos ó un pedazo de pan con una rebanadita de queso; todo eso, que es poco, regado con algun trago de un liquido que llaman vino. Estos son los «hermanos y amigos.» Dos ó mas de esos individuos se encuentran y se saludan con el dictado de hermano y amigo. Los hermanos y amigos se convidan á echar un trago y echan veinte y no siempre se separan sin averiarse algun hueso ó cuando menos el pellejo.

En Francia, en Paris sobre todo, esos hermanos y amigos forman la base en que Victor Hugo, Félix Pyat, Lluzeret, Luis Blanc, Gambetta y otros han querido yaun esperan fundar su reinado. Yo espero que tendrán que aguardar mucho tiempo. Estos hermanos y amigos son internacionalistas petroleros, niveladores, enemigos jurados de todos los que trabajan para formarse una familia, adquirir y conservar poco ó mucho para los dias de infortunio. Estos hermanos y amigos son muy numerosos en Paris y sus cercanías, y aunque ahora parecen bastante abatidos, no piensan en convertirse al bien, ni renuncian á las perversas ideas que sus geles les han infundido.

Hoy están dispuestos, como hace dos años, á apelar al saqueo, al asesinato y al petróleo, mas hoy están desarmados y tienen asco á las bayonetas y á la metralla del mariscal Mac Mahon. Viendo su impotencia, han querido darse al menos la satisfaccion de conmemorar los honores de la Comuna y han ideado acuñar medallas para recordarlos. Pero la policia no se descuida y tiene buen olfato, así que apenas empezaron á circular esas medallas fueron recogidas, si no en su totalidad, en gran parte, y puestos á la sombra dos hermanos y amigos que las habian acuñado.

Esas medallas no son de rico metal, como conviene á los encarnizados

enemigos de la propiedad, pues son todas ó casi todas de plomo y de diferentes tamaños, aunque los fabricantes cometieron la heregía de broncear y hasta de platear y dorar algunas, si bien probablemente con segunda intencion. Me contento, y soy molesto, con apuntar la idea. Y si mis lectores desean saber la significacion mas ó menos expresiva de esas medallas, descubriré en seguida algunas. En una, dorada, y del tamaño de una moneda de medio peso se vé: en la cara un gorro frigio con estas palabras: «Comuna de Paris.—1873;» y en el anverso: «Batallon de petroleros ó hijos del rayo, 20 de Mayo de 1871.» Los CC. Parisel y Ceffaut organizan un cuerpo de mujeres y niños con brochas y cazuelas para revocar con petróleo las paredes y darles fuego.»

En la cara de otra de mayor tamaño, y dorada tambien, se ven tres estrellas con esta inscripcion: «Después de los ensayos de Pedro y Luis Bonaparte, el C. Rochefort propone, el 15 de Setiembre, vender la Córcega.» Y en el anverso y sobre el fondo que representa una pared de ladrillo: «Venta.—Francia ofrece al universo á quien quiera comprarla, la Córcega por un franco una vez pagado. Pio IX debe adquirirla para instalarse allí con todas las emirencias.

Paris, 15 de Setiembre de 1871.»

Veamos algunas mas para concluir este capítulo. Gran medalla de plomo, sin dorado ni bronceado. Cara: «Comuna de Paris. Federados de 1871. Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte.» Reverso: «Manifestacion de las mujeres en la calle de Rivoli y los boulevards.» Bueno es recordar aquí que el 3 de Abril de 1871, mientras los guardias nacionales se batian en el camino de Versalles, unas mil mujeres recorrian las calles, precedidas de tambores y clarines y dando vivas a la comuna. Y esta otra: medalla grande y delgada de zinc. Cara: un polichinela groseramente dibujado. Y en el reverso se lee: «Señores bonapartistas, orleanistas, legitimistas y otros istas.» Finalmente, en una medallita de bronce del tamaño de una moneda de diez centavos, se ve en la cara la cabeza de Napoleon III horriblemente desfigurada, con esta leyenda: «Del mas grande de los emperadores esto es lo que queda.»

En el reverso se halla dibujado un buho con las alas abiertas y sujetando dos huesos en cruz, con estas palabras: «Vampiro de Francia.—Paris, 2 de Diciembre de 1851.—Sedan, 2 de Diciembre de 1871.»

Ninguna de esas medallas, de cuarenta modelos diferentes cuando menos, se distingue por la obra artistica; es cosa digna de los hermanos y amigos, y del C. Rochefort, cuya efigie esta estampada en algunas y engalanada con divisas superlativamente laudatorias, y ejemplarmente desprovistas de ortografía, para que nada les falte.

Fueron recogidas por la policia unas 1,200 que se hallan guardadas en una cajita de madera sellada, y que dos hombres cargan con alguna dificultad. Los fabricantes y expendedores andan libres, basta que la justicia disponga otra cosa. Según se expresa el acuñador, esas medallas jamás han tenido por objeto hacer la apologia de los actos de la insurreccion sino únicamente perpetuar el recuerdo de los mismos.

Diganlo si no, hermanos y amigos, las dedicadas al polichinela y

á Napoleón III. Y ahora pasemos de medallas á originales, á hechos mas lamentables, y que revelan rara precocidad y perversidad, fruto indudablemente de las doctrinas de esos mismos hermanos y amigos, que por fuerza han de producir monstruosidades.

## II

Así como nada he inventado en el capítulo que precede, nada inventaré en el que le sigue: mas bien me veré obligado á callar ó cubrir con un velo algo tupido ciertos horrores que la justicia ha revelado muy recientemente en el tribunal de Asises del Sena, en la causa seguida contra Eugenio Alfonso Dubeaux, mozo cocinero que no ha cumplido todavía diez y seis años. Compareció como reo de asesinato en la persona de un compañero suyo de quince años de edad, y empleado en un matadero. La razon se niega á dar crédito á tan horrible crimen en presencia del encausado, y llena de espanto la lectura de lo que aquí se llama acta de acusacion. De ella resulta en resumen lo siguiente:

El 25 de Marzo último, el guarda rural de Saint-Ouen encontró en un campo el cadáver de un jóven, en el cual era evidente que se habia perpetrado un crimen, pues tenia la cabeza casi separada del tronco por una grande y profunda incision abierta en el pescuezo. En la mañana del mismo dia se habia encontrado en un jardin ó huerta situada á unos cincuenta metros del teatro del crimen un enorme cuchillo de cocina cubierto de sangre, y con el cual se ha averiguado que habia sido cometido el asesinato.

La víctima era, como ya he dicho, un muchacho de quince años, que se habia portado muy bien en la colocacion que tenia, hasta que hacia pocos meses se habia relacionado con Eugenio Alfonso Dubeaux.

Este desgraciado muchacho, de pésimos instintos, y mucho mas precoz en la corrupcion de lo que de su edad podia esperarse, no tardó en arrastrar por el mal camino á su nuevo amigo, Carlos Ernesto Emilio Pavie, y se formó entre ellos una intimidad de las mas vergonzosas. Ambos se entregaban al desenfreno y frecuentaban juntos los bailes públicos y los lupanares mas inmundos. Sin embargo, Pavie no dejaba de pernoctar bajo el techo de sus padres, hasta que en la mañana del 23 de Marzo salió de su domicilio y no volvió á él por la noche. No se ha podido averiguar en donde pasó esa noche. En la tarde del dia siguiente, pocas horas antes del crimen, se le vió en compañía de su amigo. Se separaron á eso de las ocho de la noche, y parece positivo que Dubeaux entró en casa de su madre; pero pudo muy bien salir despues sin que le viese la portera y hallarse en Saint-Ouen á eso de media noche, hora en que parece se cometió el crimen, segun la declaracion de un empleado del gas que oyó gritos angustiosos.

Ha sostenido, sin embargo, el encausado, que ha pasado en su casa la noche del 24 al 25 de Marzo, pero los hechos probaron en breve lo contrario. Se ha hecho constar que en la tarde del 21 al 22 del mencionado mes, Dubeaux compró en una tienda el cuchillo con que cometió el asesinato, y que se encontró en una huerta. Negó el encausado la compra desde luego; pero tuvo que confesarlo despues en presencia del vendedor, aun-

que juró y perjuró que habia comprado el cuchillo por cuenta de su compañero Pavie, que lo habia acompañado, pero la falsedad de esta declaracion fué comprobada por la del dependiente de la tienda que hizo la venta. El encausado pretendia hacer admitir que Carlos Pavie se habia dado la muerte á sí mismo, pero se declaró inadmisibile la suposicion de un suicidio en vista de las declaraciones prestadas por los facultativos que hicieron la autopsia y segun las cuales «Carlos Pavie, fué degollado del mismo modo que se degüellan los carneros en el matadero.»

Bueno es añadir que á la hora en que Dubeaux compró el cuchillo, Pavie estaba todavía ocupado en sus tareas.

Hasta la infeliz madre de ese muchacho hubo de contribuir á comprobar su culpabilidad. Declaró, en efecto en el tribunal, que á las diez de la mañana del 25 le anunció su hijo la muerte de Pavie, cuyo cadáver no habia sido descubierto aún. Sostuvo Dubeaux que un amigo suyo le habia dado la noticia; pero llamado éste á declarar, dijo que la conversacion referida por el acusado habia mediado entre ellos á eso de las cinco de la tarde.

Habiéndose cometido el crimen en la noche anterior, se figuraba sin duda Dubeaux que el cadáver habia sido descubierto en las primeras horas de la mañana.

Contradijo enérgicamente la declaracion de su madre, y sostuvo que solo en la tarde del 25 le habló de la muerte de su compañero.

El móvil del asesinato no resalta de modo positivo de las declaraciones prestadas en el tribunal ni de las indagaciones que la policia y la justicia practicaron; pero se ha expresado la opinion en vista de la clase de relaciones intimas que mediaban entre esos dos muchachos, de que fué inspirado por un sentimiento de celos.

Sea de esto lo que fuere, se ha probado clara y terminantemente que Eugenio Alfonso Dubeaux fué el autor del crimen, que perpetró con una energia espantosa, tomando en consideracion su edad. Esta le ha salvado del mas tremendo de los castigos y hasta de la pena inmediata.

El tribunal declaró que los hechos eran innegables, y que Dubeaux quedaba convicto de asesinato en la persona del jóven Pavie; pero acordó á la vez que Dubeaux, de menos de diez y seis años de edad, debia considerarse como habiendo obrado sin discernimiento, y lo declaró por tanto absuelto; pero dispuso que fuese encerrado en una casa de correccion hasta la edad de veinte años.

Eugenio Alfonso Dubeaux era ya «hermano y amigo» y estaba en buena escuela.

## III

No menos «hermano y amigo era y sigue siendo sin duda, el autor de los hechos monstruosos que voy á referir. Llámase Ernesto Duvat, es de oficio cerrajero (blusa azul) y cuenta unos treinta años de edad. En Marzo de 1872 contrajo matrimonio con una jóven una niña mas bien, en este pais, de quince años escasamente, y desde el dia del matrimonio, esa desgraciada mujer empezó á ser víctima de un martirio espantoso.

Apenas quedaban los dos esposos unidos por el santo lazo, Duvat abofeteó á su mujer.

Mientras hacian las visitas de boda en las casas de los parientes, el marido aprovechaba el sueño de esa infeliz para estrecharle el pescuezo con ambas manos y tratar de ahogarla. Un dia pudo librarse de sus garras y salió de su cuarto pidiendo auxilio.

Intervino el mismo hermano de Duvat, sacó á la mujer ensangrentada de las manos de su verdugo, que habia corrido tras ella, y fué él mismo víctima á su vez de ese monstruo.

Sin embargo no cesaron las amenazas, los golpes y las violencias, y no pudiendo ya mas, por grande que fuese su santa resignacion, á pesar de que de pronto habia de ser madre, la mujer de Duvat intentó asfixiarse, y lo hubiera conseguido sin la presencia de espíritu de uno de sus vecinos. Esa triste resolucíon por parte de la mujer solo sirvió para aumentar las crueldades de Duvat, que tomó muy á mal á su vecino que la hubiese salvado en vez de «dejar que se la llevase el diablo.» No trascurrió una sola hora sin que esa infortunada mujer dejase de ser víctima de la fria crueldad de aquel monstruo, que la arrojaba al suelo, la pateaba el cuerpo y la cara, y le lanzaba, persiguiéndola, fierros cadentes.

Cuando ya se halló en meses mayores, Duvat decia á su mujer: «No tendrás necesidad de partera, yo haré sus veces, y cuando nazca la criatura, yo mismo le torceré el pescuezo, y la arrojaré á un lugar inmundo. Ya lo he hecho en Paris.» Duvat no tardó en tener dos víctimas en vez de una, y su conducta para con ellas demuestra que hizo cuanto pudo para librarse de su presencia.

Se ha probado en el tribunal que Duvat se habia acostado varias veces sobre el niño, que le daba golpes en la cabeza con instrumentos contundentes, etc.; que de noche le levantaba y lo empapaba en agua helada, que á veces cosía á alfilerazos el cuerpecito de la infeliz é inocente criatura, á cuyos agudos gritos de dolor contestaba el verdugo con feroces carcajadas. Cuando la madre mudaba á su hijo los pañales, Duvat, durante los frios mas rigurosos, abria las ventanas y la puerta del cuarto, y respondia con juramentos y golpes á las lágrimas y á los llantos de la madre y el niño.

Finalmente el 7 de Mayo último, se representó la última bárbara escena; pero esta vez intervino la gendarmeria de Vic-sur-Aisne, ciudad donde residian los mencionados esposos, y prendió, á pesar de la resistencia que opuso, á esa verdadera fiera llamada Duvat, que rompió el palo de una escoba en la cabeza de un gendarme.

En presencia del tribunal de Soisson, no manifestó Duvat el menor arrepentimiento; reconoció friamente la exactitud de todos los hechos que se le achacaron y llevó la ferocidad y el cinismo hasta decir que los llantos y los gritos de sus victimas «le ponian de buen humor.» Por mas que se horrorizó el tribunal solo pudo imponer la pena de cinco años de cárcel y una multa de cincuenta francos á Duvat, el fiero, «hermano y amigo» que trabajaba lo menos posible, y que salia de la taberna para martirizar á una mujer llena de bondad y á una criatura inocente.

## IV

Dejemos por hoy á un lado esas monstruosidades llamadas Comunismo, Socialismo, Intercional; dejemos á los «hermanos y amigos,» que son un tristísimo producto, y sus sostenedores, y dediquemos algun espacio á un personaje muy excéntrico, cuando no muy extravagante, que falleció no ha muchos dias en esta capital, víctima de un ataque cerebral.

Habitaba cerca de Luxemburgo, y llamaba la atencion su aspecto lúgubre, pues vestia siempre de negro y á la manera de los cuáqueros. La camisa y la corbata era lo único blanco que llevaba. Por entre los vidrios azules y redondos de sus anteojos podian verse dos ojos empañados y sombreados por espesas pestañas blancas.

Este personaje era un anglo-americano, era el gefe de la secta de los ahorcados, y voy á referir brevemente su historia, guiándome por las que han dado á luz los periódicos de esta capital.

Hace cosa de quince años residia aún en Cincinnati, Estado de Ohio, en los Estados-Unidos, el Dr. Willian G...., que se dedicaba ahí, ademas de ejercer su facultad, á estudios frenológicos. Por favor especial de la justicia obtuvo un dia el cadáver de un ahorcado y lleno de agradecimiento y de entusiasmo, mandó llevarlo á su gabinete, horrorizando con esto el doctor á su fiel criado, que se estremecia de pies á cabeza cada vez que tenia que entrar en el tal gabinete, y que ha referido lo que dejo estampado y lo que iré diciendo. En ese gabinete habia montones de calaveras á derecha é izquierda, en las mesas, en todas partes, y en ninguna se sentia tan bien ni mas contento el doctor Willian como en medio de ellas.

Algunas de esas calaveras tenian la facultad de entristecer el pensamiento del doctor; otras, por el contrario, tenian el privilegio de hacerle ver todas las cosas color de rosa. Verdad es que en los estantes, el crimen y la inocencia estaban colocados con imparcial igualdad. El cadáver que le habian entregado era el de un individuo que habia sido sentenciado á la pena de horca por un crimen abominable. El doctor Willian lo tendió sobre una gran mesa y puso inmediatamente manos á la obra. Palpó el cráneo y ¡oh estupefaccion! ¿No se habia equivocado la ciencia? Penetraba ya la duda en la mente del sectario: ese criminal ahorcado cuyo cadáver tenia delante de sí, poseia todas las protuberancias de la mas pura virtud.

Mas pálido aún que el rostro del ahorcado, el doctor levantó temblando los ojos hácia el busto de su ilustre maestro Gall, como para hacerle los mas graves cargos.

Sin embargo para darse mas ó menos exacta cuenta de un hecho médico tan importante, el doctor Willian practicó una incision en el cuello del... cadáver. Precisamente en aquel momento se le llamó para ir á atender á un enfermo y pasó á su gabinete de consultas.

Su ausencia fué bastante larga, y durante ella ¡oh milagro! se habia introducido el aire en el *esternon clavicular* y el ahorcado habia vuelto á la vida. Cuando el frenólogo volvió al gabinete de las calaveras, lo encontró con los ojos abiertos y le oyó pronunciar muy suave y claramente las siguientes palabras: «Buenos dias doctor Willian. Dios se lo pague.»